

Txani Rodríguez

La seca





Seix Barral Biblioteca Breve

Txani Rodríguez

La seca

© Txani Rodríguez, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-322-4280-9
Depósito legal: B. 19.465-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

Como si fueran calcetines, cientos de pescados colgaban, sujetos con pinzas, de los cordeles que los vecinos habían extendido de una esquina a otra de sus desiguales fachadas. Algunos aún conservaban su brillo de plata; otros, ya amarronados, estaban completamente consumidos. La niña miró hacia arriba: en los tendedores de las azoteas también había pescados, muchísimos pescados.

—Son *volaores* —le explicó su madre—. Ven-ga, vamos.

—¿*Volaores*?

—Sí, tienen alas.

No mentía: eran peces voladores que hacia el mes de julio cruzan el Estrecho de Gibraltar. Los pescadores de La Línea de la Concepción los capturan, con almadraba o con cerco, y los vecinos los secan al sol, preferiblemente cuando sopla el viento de poniente porque el viento de levante, que suele nublar los cielos, deja los pescados más amarillentos, por la humedad.

Tomadas de la mano, atravesaron un par de

calles: más pescados, pescados por todas las esquinas, pero no olía mal. Hacía calor, y, sin embargo, a cada poco se revolvió un viento fresco. Se cruzaron con un hombre que paseaba desnudo de cintura para arriba y con mujeres que acarreaban bolsas de la compra. Olía a potaje y a mediodía. Las casas eran de una sola planta; las aceras, estrechas, y los coches atronaban, dejando una estela de sonidos electrónicos o aflamencados, y un olor a combustible que hacía que a la niña le picara la nariz. Aquel año, España atrajo a millones de turistas, pero por La Línea no se oían las ruedas de las maletas contra el suelo; de hecho, Cádiz aún no se había puesto de moda, y Zahara de los Atunes era una pequeña aldea de pescadores en la que se enseñoreaba el viento.

Desembocaron en la playa, y la sensación de frescor se intensificó. El golpeteo de las olas. La madre se descalzó, dijo que quería pisar aquella arena oscura. Caminaron unos metros hacia la orilla y, de pronto, la niña sintió algo parecido al miedo, porque lo inesperado siempre asusta un poco, y ella no esperaba que una roca altísima y puntiaguda se alzara sobre el mar como un gigantesco crustáceo. Aquello no le entraba en la cabeza: todo el mundo sabía que las montañas estaban en el campo y que los pescados vivían en el mar, sin volar, porque volar, volaban los pájaros.

—Ama, mira —le advirtió la niña, señalándole una jeringuilla.

Habían estado a punto de pisarla. Era la primera vez que ella alertaba sobre un peligro serio a una persona adulta y había prevenido nada menos que a su madre, que tan pendiente de los imprevistos de la carretera había ido en el coche. Su madre viajaba siempre en tensión, con la espalda inclinada hacia el salpicadero, y a cada poco, a través de un grito urgente, sobresaltaba al padre con indicaciones sobre peligros, en realidad, poco probables: un coche que, a lo lejos, disminuía levemente la velocidad, un camión que venía de frente, el aviso de una señal de tráfico. Su intención no era mala, pero solo servía para generar nerviosismo. De todas formas, esas situaciones no disgustaban a la niña porque le encantaba ver a su madre con gafas, y solo las usaba cuando se montaban en el coche.

—Nuria, no le digas a tu padre que hemos venido a la playa.

De vuelta en el hospital, ocuparon de nuevo las mismas sillas de plástico en las que habían estado sentadas antes de salir.

—Me ha gustado mucho.

—¿El qué?

—El paseo.

Después, se entretuvo con su bolso. Olía cada objeto que sacaba: una barra de labios, una cartera, la funda de las gafas. De vez en cuando se oía al-

guna tos y, hasta convertirse en sordina, el golpeteo incesante de los abanicos contra el pecho de las mujeres. Por lo visto, allí dentro hacía mucho calor; de hecho, esa fue la razón por la que habían salido a dar un paseo. Vamos fuera, que Nuria aquí se va a poner mala, les dijo su madre a sus tías.

En algún momento, una voz preguntó por la familia Villanueva. Salieron al corredor y se agruparon alrededor de una doctora de larga melena rubia. Levantaba un bote de plástico transparente cerrado con una tapa amarilla. Dentro, un palo de unos quince centímetros de largo y grueso como un rotulador. La mujer explicó que se lo habían sacado del ojo derecho al paciente —el tío de la niña—, que se pondría bien, pero que no podría recuperar la visión perdida. Todos miraron el palo e hicieron gestos de negación con la cabeza.

—No parece que vaya a sufrir más secuelas, ha tenido suerte —añadió la mujer—. ¿Queréis la rama de recuerdo?

Fue entonces cuando, por primera vez aquel día, la niña sintió el calor que tanto habían mencionado los adultos en aquel hospital. Notó el sudor en la nuca y en la palma de las manos y temió perder el equilibrio. No llegó a saber si alguien quiso quedarse aquel bote que a ella le pareció horroroso.

En efecto, su tío había tenido mucha suerte: la rama del alcornoque desde la que se cayó estaba a

seis metros y noventa centímetros de altura. Lo saben con exactitud porque, en cuanto se recuperó, él mismo fue a medirlo. Nunca le cogió miedo a subir a los árboles y siguió siendo corchero durante algunos años más.

—Cuidado, ama, que te vas a tropezar con el bordillo.

A Nuria le desesperaba que Matilde anduviera siempre pegada a las esquinas, a los alcorques, a los buzones de correos. Aunque la calle fuera ancha, ella siempre rondaba los obstáculos. Caminaba ensimismada, con la cabeza hacia el suelo. Nunca se apartaba si se cruzaba con alguien, no tenía en cuenta que era mejor separarse del carril bici, no detectaba las baldosas levantadas o los baches del asfalto. Su forma de conducirse obligaba a Nuria a permanecer en un estado de alerta constante.

—Que no me caigo, no me metas más miedos.

Nuria apretó los labios y negó con la cabeza. Solo quería evitarle nuevas fracturas, pero, desde hacía unas semanas, su madre le repetía que los miedos eran limitantes, y la sacaba de quicio. Estaba convencida de que había descubierto ese discurso de autoayuda en alguna revista de tres al cuarto. No podía evitar recordar que de pequeña

ella era siempre la última en obtener el permiso de los padres para ir de viaje con los de su clase, que de adolescente siempre tenía que ser la primera en regresar a casa, y que incluso siendo ya adulta, cuando se despedían en algún cruce, su madre se quedaba esperando a que el semáforo se pusiera en verde para verla alcanzar el otro lado de la calle.

Desayunaron en el bar de costumbre. Nuria pagó, se limpió bien con una servilleta de papel para asegurarse de que no le quedaran restos de tortilla en la comisura de la boca, y cuando empujaba la maleta hacia la puerta se detuvo porque su madre había comenzado a dar explicaciones sobre el viaje a los dos camareros que atendían la barra esa mañana. Como su tono de voz era bastante fuerte, la docena de personas que había en la cafetería en ese momento terminó al corriente de las paradas que harían, del calor que a esas alturas de junio adormecía la serranía de Ronda, de la fecha en la que tenían previsto volver. Los camareros sonreían a su madre y correspondían a sus comentarios con buenos deseos para sus vacaciones, mientras controlaban con el rabillo del ojo que no hubiese ningún cliente esperando a ser atendido. Nuria reconocía que la apreciaban y sabía que llegaban a compartir confidencias con ella. Conocían su impaciencia —muchas veces, al entrar, pedía sin fijarse en si había alguien por delante—, pero

también intuían que se interesaba por ellos, y que, normalmente, era una persona alegre, dueña de cierta comicidad involuntaria. Nuria aguardó fuera del bar, con gesto serio, apoyada sobre su gran maleta, a que Matilde diera la conversación por concluida.

Esperaron en el andén mucho más de lo necesario porque Matilde defendía que había que ir a los sitios con tiempo de sobra. El tren se detuvo, buscaron su vagón y, en primer lugar, subió Nuria con la gran maleta. No quería que su madre llevara su propio equipaje, así que la convenció de que lo mejor sería llevar solo un bulto grande en lugar de dos pequeños. En realidad, le inquietaba que pudiera caerse por las escaleras mecánicas de Chamartín o de Atocha o de la María Zambrano y pensó que era bueno que viajara con las manos libres. Tras colocar la maleta, ayudó a subir a Matilde, quien, nada más entrar al vagón, se puso a preguntar por la ubicación de sus asientos a los primeros pasajeros que encontró. Nuria detestaba que se comportara de ese modo. Por un lado, sentía que ninguneaba su capacidad para resolver esas situaciones, y por otro, creía obvio que delataba su intención de entablar conversación. Normalmente, la gente era amable, pero de vez en cuando su madre se topaba con personas amargadas, o lastradas por algún tipo de complejo de superioridad, que la ignoraban o le

ponían mala cara. Cuando Nuria percibía esa displicencia, sentía ganas de encararse con aquellos desconocidos, y, al mismo tiempo, se enfadaba con su madre por exponerse a situaciones tan desagradables; pero Matilde no se molestaba si alguien no le respondía porque tendía a pensar que no la habría oído, y si detectaba, por evidente, que no le había querido responder, parecía entonces compadecerse de la estulticia ajena, una actitud sabia, muy alejada del impulso de confrontación de Nuria.

Ocuparon, por fin, sus asientos. Matilde adoptó cierto aire de mundanidad —se colocó las gafas, sacó una novela del bolso y se enfrascó en la lectura— porque iba a hacer un viaje largo. A veces, levantaba la vista, miraba el paisaje a través de la ventanilla y parecía ausente. Nuria creía saber cómo se sentía. Los viajes en tren, aunque no fuera el primero que hacían juntas, conservaban su exotismo porque ellas, durante muchos años —un periodo que abarcó la primera juventud y madurez de Matilde y la infancia y la juventud primera de Nuria—, no viajaban; ellas, simplemente, iban al pueblo. Su padre cargaba el coche durante alguna madrugada del verano y se lanzaban, antes del amanecer, a cruzar la península de norte a sur. El trayecto por aquellas carreteras nacionales llegaba a resultar extenuante, pero la ilusión los mantenía de buen humor. En aquella época preferían viajar en coche porque les resultaba más barato y porque así podían llevar maletas, bolsas con regalos para

los primos, una nevera con huevos duros y agua fresca, el neceser, cajas de zapatos, paquetes de café que un conocido mandaba a los familiares de Jimena de la Frontera, el pueblo de su padre, que visitaban a menudo desde el cercano pueblo de su madre, donde tenían la casa. Solo se permitían ir a alguna playa de la Costa del Sol un par de veces. Comían en un chiringuito y las vacaciones se parecían, por fin, a las vacaciones de los anuncios y de los compañeros de clase de Nuria. Matilde, medio isleña, íntimamente vinculada al mar, era feliz durante aquellas jornadas. Se acercaba a la orilla y, tras muchos aspavientos porque el agua siempre le sabía fría, se agachaba un instante para mojarse. Aunque creció con un pie en la playa de Maspalomas y otro en Estepona, donde destinaron a su padre, que era guardia civil, nunca aprendió a nadar. Todo lo viajó de niña, Matilde.

—Se va bien en el tren, ¿verdad? —preguntó Nuria.

—En el autobús habríamos ido mejor.

—Yo no aguanto diecisiete horas en el autobús con estas mascarillas.

—Pues yo sí: te sientas y te desentiendes, y no tienes que estar con las maletas para arriba y para abajo.

Nuria se había prometido no discutir durante el trayecto y evitó decirle que siempre le buscaba pegas a todo lo que ella decidía.

—Mira —dijo bajando la cabeza y abriendo el libro que había dejado sobre sus piernas—, cuando leo, la mascarilla se me sube hasta los ojos. —Arrugó la nariz varias veces, como si fuera un pequeño roedor.

Nuria sonrió. A menudo su madre le parecía una niña pequeña.

—Ajústatela mejor, ama.

Chozas con tejados de brezo en las que el tío Gabriel ordeñaba las cabras, curaba los quesos y guardaba los cántaros de latón; un Land Rover de color verde detrás de un gigantesco camión cargado de corchas; conejos colgando de los cinturones de los hombres; un gran cuarto en el que echaban la siesta los cinco hijos varones de su tía Pepa, el olor denso de aquella habitación, que ella asociaba con el de la leche rancia, las botas a los pies de los catres; su prima Reyes, con su pelo negro y ensortijado, riendo a lomos de un carnero; la oscuridad de aquellos campos frondosos de Jimena de la Frontera a plena luz del día; las rocas que se abrían paso desde el fondo de la tierra; unos pavos reales que la asustaban; un plato de sopa de cocido con hierbabuena; vasos de cristal rayados por el uso; una fuente con un caño —bebe del hueco de tu mano y asegúrate siempre de que no haya bichos antes de echarte el agua a la boca—. Nuria recordaba esas imágenes mientras la silueta de la Sierra

Salvada aparecía imponente al otro lado de las ventanillas del tren.

Recordó también una noche en la feria de Jimena: su padre sostenía una copa de manzanilla de Sanlúcar, como si se le hubiera olvidado que podía depositarla sobre la pequeña mesa redonda que ocupaban. No le quitaba la vista de encima al cantaor que amenizaba aquella noche el recinto festivo; sin embargo, Nuria comprendió que, realmente, su padre no estaba mirando a aquel hombre, sentado muy recto sobre una silla de enea; su padre miraba hacia algún instante perdido de su juventud o de su infancia o de un pasado que ni siquiera le perteneció, porque ella sabía que a veces, al escuchar el cante, se puede viajar al centro mismo de los bosques, y sabía que era posible perder la vista en las llamas de una hoguera baja, alrededor de la cual resuenan unas voces rotas que desvelan el sentido último de la negritud de la noche. Y sabía, sin necesidad de que nadie se lo hubiera explicado, que, en esos momentos, lo que en realidad atraviesa los corazones es un lamento hondo que cruza, desde antiguo, el tiempo.

Llegaron a Málaga, después de un trasbordo ajustado porque el AVE se detuvo al poco de dejar atrás Madrid: alguien había robado el cobre de las vías, algo —robar cobre, como en los años cincuenta— que arruinó la impresión de cosmopolitismo que se había apoderado de Nuria.

Se alojaron en un hotel del centro. Compartieron habitación, satisfechas por la pequeña aventura que significaba dormir fuera de casa, como si sobre aquellas camas no descansaran ellas, sino las mujeres que fueron: la que dejó atrás su primera juventud sin haber viajado apenas y la que alcanzó su juventud primera sin apenas haber viajado.